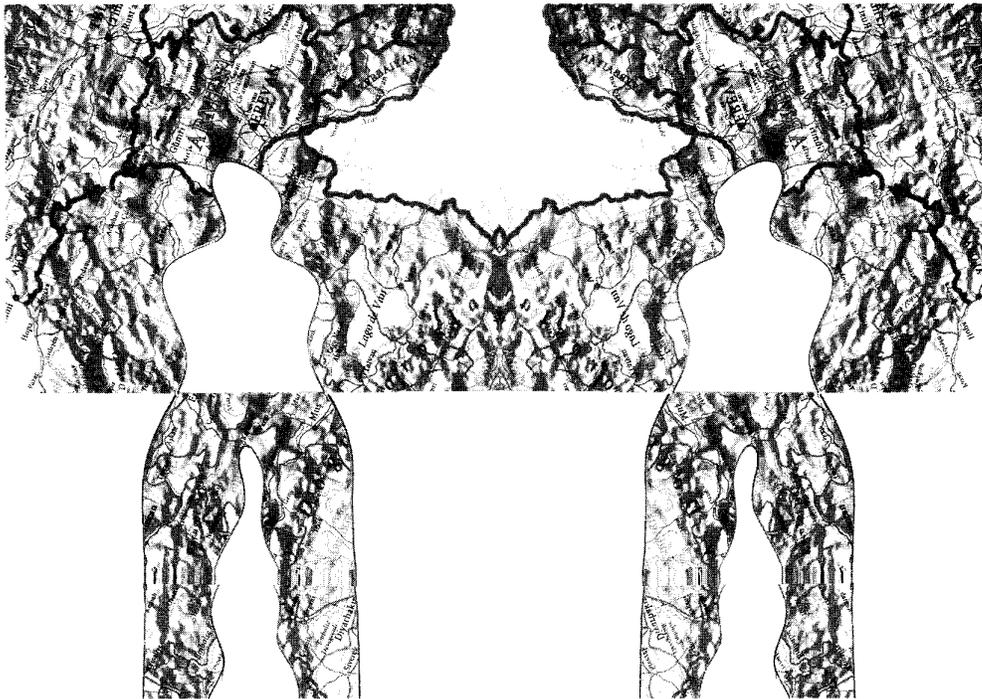


Subnacionalismo en la frontera

*Caso de Táchira (Venezuela)-Norte de Santander
(Colombia)*

Ana Marleny Bustamante*



Palabras Clave:
Subnacionalismo,
frontera, autonomía,
regionalismo, Estado.

Recibido: 28-07-03
Aprobado: 15-10-03

** Directora del Centro
de Estudios de Fronteras
e Integración
Universidad de Los
Andes -Táchira.*

RESUMEN

Este trabajo persigue mostrar que en la zona fronteriza del estado de Táchira (Venezuela) y del departamento de Norte de Santander (Colombia) han aparecido manifestaciones de subnacionalismo que pudieran considerarse indicios o bases para construir ideas de autonomía o “regionalismo”, a pesar de que el Estado ha mantenido su poder de cohesión y de integración territorial. Se trata de sentimientos compartidos de exclusión de los respectivos centros de poder lo que ha permitido la formación de bloques de poder regional que utilizan la “particularidad” regional o fronteriza para obtener objetivos políticos y económicos difíciles de lograr de no destacar tal diferenciación. Se parte de la apreciación general del papel del Estado como garante de la integridad territorial y poblacional, para ejemplificar con esta región fronteriza los problemas que enfrentan los Estados de la subregión andina para mantener su población y territorio cohesionados e integrados con instrumentos básicamente ideológicos, antes que con instrumentos económicos y sociales.

ABSTRACT

This paper attempts to show that in the border region of the Tachira State (Venezuela) with the North of Santander Department (Columbia) it has appeared manifestations of subnationalism that could be considered a base to build ideas of autonomy or “regionalism”, even if the State has kept its power of cohesion and territorial integrity. It refers to feelings of exclusion that come from their respective centres of power, that have allowed the formation of blocks of regional power that use the regional or border “particularity” to obtain political and economic objectives, difficult to achieve otherwise. It assumes the role of the state as a guarantor of the territorial and population integrity, with the objective of exemplifying with this frontier region the problems that the States of the Andean sub-region confront to keep their population and territory cohesive and integrated, using basically ideological, rather than economic and social instruments.

Introducción

Nacionalismo, nación y nacionalidad adquirieron significado y fortaleza con la consolidación del Estado, especialmente desde la revolución francesa en 1789. Son lo que Anderson llama “artefactos culturales de un tipo particular” (1983:4) o, si se prefiere, “construcciones estatales” de acuerdo con Gellner (1983). El Estado es el organizador de grupos dispersos de la población bajo el principio nacionalista que asume que debería existir una población, viviendo en un territorio único, organizada y gobernada por un gobierno único (Weber, 1993).

Debido a que la población es el elemento definitorio del Estado, la creación de homogeneidad y de relaciones de alianza y obediencia, de parte de la población hacia su gobierno, han sido consideradas unas de las funciones principales del Estado. Tener una población vinculada a un lenguaje dominante, cultura, tradiciones, ley y costumbres de un Estado territorial es el objetivo perseguido por los Estados y al cual han asociado su fortaleza. Generalmente se ha aceptado que los Estados que no logren controlar manifestaciones regionales o de “sub-nacionalismo” o, en caso extremo, los movimientos separatistas en su territorio no han logrado imponer la cultura dominante en la mayoría o la totalidad de la población y en consecuencia son débiles y proclives a desintegrarse o a perder partes sustanciales de su territorio (Weber, 1993). Aunque se analizará en detalle más adelante, en forma breve, en este trabajo se entiende por subna-

cionalismo a los nacionalismos que se producen al interior del Estado o a especificidades regionales que se valen de elementos y símbolos como la lengua, cultura, religión, etnicidad o historia común para hacer valer su particularidad (Smith, 1985) y destacar que la política homogeneizadora del Estado no ha logrado totalmente su objetivo de crear una población unida y homogénea, en un territorio y bajo un gobierno único.

Cada país tiene formas particulares de manifestar sus “sub-nacionalismos” o etnoregionalismos, los cuales se deben a la forma en que se construyeron los estados-naciones, los diferentes mecanismos utilizados para lograr su consolidación y mantenimiento como tales, pero también a las actitudes de la población y la forma en que ella ha respondido a las políticas estatales de creación de nacionalismo (CEDLA, 2000). Los países subdesarrollados, en nuestro caso Colombia y Venezuela, han exhibido diferentes formas de subnacionalismo, o más bien, de la falta de una política global de homogenización de la población. Por ejemplo, en los siglos XIX y XX oficialmente los indígenas formaron parte del Estado-nación pero no fueron efectivamente incluidos dentro del proceso de construcción del Estado. Para los constructores de la nación, en ese momento, lo indígena no figuraba dentro de su ideal nacional. Lo prioritario era el establecimiento de la cultura criolla como cultura dominante de los Estados nacientes y la sumisión de las culturas consideradas menos significativas para ese ideal (Urban y Sherzer, 1991). Los Estados han elaborado distintos instrumentos para crear, en la población, ideas de



territorios 10-11

130

identidad nacional, ciudadanía y lealtad. En el caso venezolano y colombiano han utilizado el adoctrinamiento como una herramienta fundamental y, en algunos países, al mismo tiempo han evitado elaborar una estructura que garantice acceso social y político a todos los ciudadanos. En general, se percibe que, en esencia, en el caso de Colombia y Venezuela, las paralelas a la homogenización y al apego a símbolos patrióticos como la bandera, el escudo y el himno han sido escasas. La necesidad de crear vínculos entre el gobierno y los ciudadanos por medio de comunicaciones y servicios –camino, correo, policía, alfabetización, crecimiento económico– en todo el territorio nacional y la ampliación de la participación política tuvieron menos suerte hasta bien entrado el siglo XX (León y Llambi, 1988; Tilly, 1975; Baud, 2000).

En el caso de estudio de la región de frontera de Táchira y Norte de Santander, se detecta que mientras los constructores del Estado-nación se dedicaban a la consolidación de su poder en los respectivos centros de poder, que en principio estaban representadas por las capitales nacionales y que a su vez concentraban la mayor parte de la población nacional, los mismos ignoraban la periferia territorial y poblacional. Algunos sectores de esta periferia optaron por tomar ventaja de este aparente descuido para construir una dinámica propia haciendo uso de las bondades que su entorno local, regional o internacional le brindaba (Martens, 1992; Cardozo, 1992; Pabón, 2001).

El trabajo consiste de tres partes. En la primera se revisan los elementos, símbolos y va-

lores que crean lealtades y sentimientos de identidad nacional y/o subnacional. En la segunda, con el apoyo de los elementos expuestos en la primera, realiza una revisión histórica de los elementos que le dieron particularidad a esta región y se explora la situación actual de la región para, finalmente, desembocar en la discusión y conclusiones sobre las implicaciones del fortalecimiento de sentimientos de exclusión particularmente de tipo regional para el Estado-nación y para las experiencias de integración regional en las que los Estados deciden participar.

Elementos y símbolos del nacionalismo y del subnacionalismo

Los elementos y símbolos tradicionales del nacionalismo son un territorio que sirve de asiento a la población, una lengua propia, la posesión de una identidad histórica y una viabilidad/no viabilidad económica y potencial, además de unos líderes dispuestos a utilizar estos elementos en función de una proclama nacionalista (Kuby, 2003). Paradójicamente, estos son los símbolos del subnacionalismo o del regionalismo, como se les conoce en algunos ámbitos. No hay una prueba objetiva que pueda aceptablemente determinar que algunas identidades territoriales puedan clasificarse como “regiones”, estados o departamentos y otras como Estados-nación. La diferencia entre unidades subnacionales y nacionales (Estado-nación) es artificial (Marquand, 1991). En esencia los Estado-naciones son regiones que tuvieron éxito en establecer su proclama de nacionalidad, algunas veces conquis-

ANA MARLENY BUSTAMANTE

tando otras en el proceso. El subnacionalismo toma muchas formas, pero en general puede verse como una manifestación de la búsqueda de una comunidad o identidad diferente a la del país o Estado al cual pertenece una comunidad o grupo poblacional específico (www.hdr.undo.org/docs/publications).

Debido a que la población es el elemento definitorio del Estado, su homogenización y la creación de relaciones de alianza y obediencia de la población se consideran unas de las funciones principales del Estado. La vinculación entre territorio y nación se establece mediante la conciencia de compartir una historia común única y la aceptación de una imagen única que da identidad. Ésta debe ser lo suficientemente fuerte como para evitar su debilitamiento o las amenazas externas o internas. Esta vinculación puede ser la base sobre la cual se construyan *a posteriori* ideas de regionalismo y nacionalismo. En muchos casos, cuando se habla de regionalismo y/o subnacionalismo, en oposición al nacionalismo, se intenta indicar que el territorio de una región debió haber sido un Estado (Marquand, 1991). Tal es el caso de los vascos, catalanes, escoceses, bábaros e incluso la región de Córcega en Francia que, en ciertas circunstancias, amenazan con mayor fuerza del Estado al cual pertenecen. En la actualidad, entre las amenazas externas más comunes a los Estados se encuentran las Naciones Unidas y organizaciones supranacionales como la Unión Europea y la Comunidad Andina de Naciones, entre otras (Gallagher, 1991; Coombes, 1991).

Entre la variedad de subnacionalismos se encuentran: los irredentismos (población ubicada en las fronteras estatales que luchan por separarse de un Estado y unirse a conacionales en un Estado o país vecino), el anti-colonialismo (basados principalmente en la respuesta de una población relativamente homogénea étnicamente a la dominación colonial) y el étnico (donde las experiencias compartidas, la cultura y generalmente el idioma legitiman las demandas de autonomía territorial o secesión) (Johnston, Gregory y Smith, 1990). De los anteriores, Táchira – Norte de Santander aparentan ostentar los signos del subnacionalismo étnico o de etnoregionalismo o etnonacionalismo. Sin embargo, no todos los elementos de los que se valen los subnacionalismos están presentes en la zona.

Así, la posesión de una lengua separada da oportunidades a ciertas regiones o naciones para sostener proclamas identitarias. En este orden de ideas los vascos y catalanes en España tienen elementos simbólicos importantes para hacer valer su particularidad (Gallagher, 1991). En Venezuela podría pensarse hipotéticamente que las etnias wayú y guarao tendrían en la lengua un elemento para, en un futuro, sustentar proclamas subnacionalistas, autonomistas o separatistas. No obstante lo anterior, la posesión de una lengua común no es suficiente. Se necesita de la confluencia de otros factores como los que se mencionan más adelante.

Una identidad histórica que da origen a lealtades comunes y memorias compartidas que perduran a través del tiempo es otro elemento. Así, el elemento territorial, el de nación

y lengua se valen de la identidad histórica de algún tipo; por lo que la historia pasa a ser el elemento vinculante que justifica las aspiraciones subnacionalistas o regionalistas (Rokkan y Urwin, 1983). La historia común se vuelve central cuando existen líderes dispuestos a darle coherencia y organización en función de objetivos políticos y económicos regionalistas.

La viabilidad económica potencial está muy asociada a la localidad geográfica y a los sentimientos de justicia económica. Es decir, si una región tiene una localización periférica, cercana a las costas o además siente que aporta parte importante de los recursos al Producto Territorial Bruto (PTB) sin recibir a cambio compensación económica o política, o por el contrario se siente relegada y con menos recursos económicos respecto a otras regiones del Estado, entonces puede desarrollar percepciones subnacionalistas derivadas de su particularidad económica. Desde el punto de vista de la periferia o marginalidad económica existen diversas corrientes para explicar el por qué algunas regiones optan por desarrollar tendencias subnacionalistas tendientes a la creación de autonomismo o separatismo. La teoría del colonialismo interno expuesta por Hetcher tiene inspiración marxista. Él expone que la politización de etnoregionalismos es una reacción a las condiciones históricamente constituidas de periferia. La lógica del capitalismo genera patrones discontinuos y separadores que le dan ventajas a unas regiones mientras que relegan a otras a un estatus marginal o subordinado. Hetcher (1975), por ejemplo, ve que regiones o

etnias minoritarias tienen condicionado su desarrollo histórico por la continua explotación interna de las regiones centrales del país. Estas etnoregiones acumulan capital y desarrollan una base económica más avanzada, mientras que al mismo tiempo impiden el drenaje de capital hacia las regiones periféricas, las cuales se van atrasando culturalmente y relegándose en su desarrollo económico. No obstante, Hetcher no estudia los casos de movimientos regionalistas en regiones exitosas que llegan a desarrollar una identidad regional y que en muchos casos pueden alimentar sentimientos autonomistas o separatistas, como es el caso de la región Lombarda en el Norte de Italia, de los catalanes en España o, guardando las distancias, del estado Zulia en el caso de Venezuela (www.angelfire.com/va/paiszuliano). Inicialmente estos movimientos buscan retar el poder del centro para obtener más recursos o poder para la región; sentimiento que se puede profundizar en caso que las predicas sean ignoradas por el poder central. Otros conceptos económicos como los de atraso, áreas avanzadas, niveles de crecimiento y desigual distribución de los recursos entre otros; son indicadores económicos que se consideran en detalle para asociarlos con: la lengua, religión, origen étnico y patrones familiares; es decir con la cultura histórica y en consecuencia explicar bien sea el éxito o fracaso en términos nacionalistas, subnacionalistas o regionalistas. La insatisfacción económica relativa ayuda a resurgir o renacer los elementos culturales o históricos de identidad regional. Su combinación es una fuente de sustentación de la causa

subnacionalista que produce tendencias autonomistas o separatistas. Tal fue el caso de la República de Irlanda e incluso de la desmembración de Yugoslavia. Las preguntas son: ¿Cuándo es importante valerse de los elementos subnacionalistas? y ¿Cuándo es vital para una región asumir las banderas del subnacionalismo o del regionalismo, es decir buscar la independencia ante cualquier otra opción?

Parte de la respuesta subyace en otra de las explicaciones que se ofrecen para exponer el subdesarrollo relativo de ciertas regiones periféricas. La misma enfatiza el papel jugado por la clase media, con cierta identificación étnica y cultural, en el descubrimiento y politización de los conceptos de nación y región. El papel de los intelectuales y de las elites de poder regional en la creación de “comunidades imaginadas” y en su culturización política es expuesto por Eastman (1977) para quien, estos grupos de personas se sienten socialmente fuera de lugar y frustrados por las limitaciones a su profesionalización en la periferia; por lo que se sienten discriminados social o étnicamente. En consecuencia “Se convierten en la contra-elite a las ‘elites establecidas’ que están vinculadas a las estructuras políticas y económicas del Estado central” (1977: 377). Las expectativas cambiantes ya no son suficientes para satisfacer sus necesidades materiales y alcanzar sus aspiraciones de *estatus* social. Por ello se colocan al frente de la movilización que crea y desarrolla sentimientos subnacionalistas con aspiraciones políticas de mayor autonomía o de separación en última instancia. Sobre estas bases, el tiempo y los

mecanismos específicos de ubicación espacial y de eventos como, por ejemplo, el potencial local para el desarrollo regional, una economía potencialmente sustentadora, la creciente lejanía o el abandono del gobierno central, ayudan a entender porque los sectores regionales más avanzados se colocan usualmente al frente de los movimientos subnacionalistas; pero también explica como ellos juegan un papel principal en la popularización de la causa nacionalista en la región.

Sin embargo, los artefactos culturales a los cuales se refiere Benedict Anderson en sus *Comunidades Imaginadas* (1983) para intentar explicar las características de las naciones latinoamericanas, al igual que explicar el regionalismo o subnacionalismo, tienden a centrarse en el análisis del Estado-nación y giran alrededor de los centros nacionales donde el corazón administrativo de la “comunidad imaginada” toma cuerpo. Es escasa la investigación sobre los efectos de este proceso de construcción estatal en la periferia o en las regiones de frontera donde se captan limitaciones de la intervención estatal y múltiples formas mediante las cuales la sociedad local puede ignorar, manipular o apropiarse de las medidas estatales (Baud, 2000). En este sentido, las regiones de frontera se convierten en un lugar interesante para estudiar las relaciones entre el Estado y la sociedad. Jorge Bustamante (1992: 485-490) ha señalado que desde la perspectiva de los centros nacionales de autoridad, el límite entre países es una línea aguda, una barrera impenetrable. Pero desde la perspectiva de la región fronteriza es-



tas tierras son escenas de interacciones intensas en las cuales la población a ambos lados del límite construye arreglos diarios basados en relaciones de proximidad y de contacto directo. La población de la frontera puede aprovechar la proximidad a dos sistemas estatales y de hecho obstaculizar en algunos momentos las políticas de construcción estatal emanadas desde los centros de poder estatal. Esta particularidad se ha observado a lo largo de la historia de Colombia y Venezuela en la frontera ocupada por los estados Táchira-Norte de Santander, objeto de estudio. Sin embargo, paradójicamente, en otros momentos estas regiones han sido pioneras en la búsqueda de su integración a la nación a la cual pertenecen. Tal es el caso de la guerra de los mil días en Colombia y de la Revolución restauradora en Venezuela cuando las poblaciones de las zonas de Santander y Táchira salieron hacia los centros nacionales de poder.

La política de incorporación de la frontera en América Latina, según lo argumenta Michael Baud (2000: 53), se ha realizado con dos propósitos que escasamente pueden separarse. El primero, para mostrar a los competidores extranjeros la ubicación exacta de los límites nacionales y para demostrar que el gobierno controla el territorio en su totalidad. Esto es lo que identifica como objetivo externo. El segundo, fue parte del proceso general de construcción nacional y de sometimiento de regiones semi-autónomas, población indígena y de líderes fuertes semi-independientes. A este lo llama objetivo interno. Ello significa que no siempre ha habido consenso entre las elites

regionales y las fuerzas armadas, los burócratas políticos, propietarios de tierras o de industrias. Si la lucha por establecer el control del poder central se mantiene en la frontera, significa que el Estado no ha hecho sentir, aún, su poder en todo el territorio nacional o en la población general. El éxito de la intervención estatal depende de la forma en que éste establezca sus relaciones con las élites fronterizas. En muchos casos han servido de instrumento expansionista, en otros de complicidad en la supresión de las clases más débiles. Pero en términos generales las elites regionales en la frontera han mantenido una base de poder independiente y han mantenido presente la posibilidad de oponerse a políticas estatales.

Por otra parte, la política de integración regional que los Estados adelantan también tienen su impacto en las regiones ubicadas al interior de ellos. Así, un Estado puede verse presionado desde el interior del mismo y desde entidades supranacionales para que adelante políticas de desarrollo nacional hacia ciertas regiones. Tal es el caso de la Unión Europea. Allí las entidades y movimientos subnacionalistas que una vez vieron a la Comunidad como una entidad muy remota a la cual tenían acceso difícil, han empezado a centrar sus esperanzas en ella como una alternativa para obtener objetivos políticos y de desarrollo que no han podido lograr a través de los Estados (Marquand, 1991; Allen, 2000; Bache, 1999). Se ha empezado a hablar, incluso, de la "Europa de Las Regiones" para significar que el Estado estaría fuera de lugar en la actual construcción europea y que las re-

giones y movimientos subnacionalistas (autonomistas y separatistas) están encontrando en Europa un espacio para romper sus vínculos con el Estado-Nación al que pertenecen y protegerse del costo de crear un nuevo Estado (Pollack, 1995). El paraguas comunitario se convierte así en la esperanza independentista sin tener que correr los riesgos y costos de crear nuevos impuestos, establecer barreras y dirigir políticas como la económica, social, exterior y seguridad, entre otras (Allen, 2000; Bache y Jones, 2000). Aunque estos eventos son parte del debate actual en la comunidad europea (Roller, 2001), si son ejemplos a seguir para las regiones donde existen movimientos subnacionalistas y cuyos países están adelantando procesos de integración regional como es el caso de la región en estudio.

Subnacionalismo en Táchira-Norte de Santander

Al explorar los elementos y símbolos propios del subnacionalismo en la región de Táchira-Norte de Santander se detecta que la población se siente bastante identificada con el territorio de cada entidad o división político-territorial de su Estado-nación; pero al mismo tiempo también se observa una identificación y particularidad regional muy específica o subyacente que en algunas circunstancias podría sobreponerse sobre los sentimientos de identidad nacional.

Si bien es cierto que Colombia y Venezuela comparten, tanto nacional como regionalmente una misma religión, lengua y una

herencia histórica relativamente común; en la región en estudio (binacional) hay especificidades locales e históricas que distinguen las poblaciones locales de las nacionales de cada país. Por ejemplo, a pesar que el español es la lengua común se observa un acento distintivo y vocablos localizados para designar objetos, comidas o acciones al que se le denomina “veneco” (Flores, 1998). Igualmente la población parece compartir visiones similares respecto al trabajo y el ahorro¹. Sin embargo, estos rasgos son escasamente resaltados por los portavoces o líderes regionales como símbolos principales de identidad².

Contrariamente se tiende a enfatizar en la historia socioeconómica compartida. Este elemento identificador ha sido utilizado en algunas oportunidades para crear un sentimiento regionalista con tendencias autonomistas o separatistas. Al respecto se hace énfasis en la historia común distinta a la nacional. Así, por ejemplo, Germán Cardozo Galué (1992) habla de un circuito agroexportador marabino que predominó en la cuenca del Lago de Maracaibo desde el surgimiento de poblados como Pamplona, Ocaña, Salazar, San Cristóbal, La Grita, Mérida y Gibraltar. La revisión histórica de los procesos poblacionales y de institucionalidad parroquial de San José de Cúcuta muestra como esta actual próspera ciudad debió su origen a la confluencia de voluntades civiles y eclesiásticas de Pamplona, Capacho y San Cristóbal (Pabón, 2001), a pesar que la corona española tenía perfectamente marcados los límites geográficos y las competencias de la Gobernación

¹ *El himno del estado Táchira exalta el trabajo como “fuerza suprema de los hombres que saben triunfar”*

² *Aunque no se conocen trabajos publicados dedicados exclusivamente al tema, la experiencia personal de la autora ha captado que en las declaraciones públicas o en los distintos organismos en los cuales se hace necesario destacar la particularidad fronteriza, la lengua y la religión no se mencionan como valores comunes.*

de Venezuela de las del resto de la Nueva Granada.

Lo que se conoce como el circuito agroexportador marabino se centra en destacar la importancia y vinculación histórica del puerto de Maracaibo con las poblaciones de la Cuenca del mismo nombre. Desde sus inicios, a través del Puerto, la producción de la región tenía salida a los mercados internacionales y la vida de San Cristóbal y San José de Cúcuta giraba en torno a la gran dinámica de la actividad mercantil; sus habitantes se convirtieron en almacenistas, tenderos, transportistas o marinos (Cardozo, 1992).

En 1777 se produjo la primera incursión del poder central (la Corona, Bogotá y Caracas) conducente a la desmembración de la región histórica constituida por la Cuenca del Lago. Maracaibo se separa del Virreinato de Nueva Granada y se anexa a la Capitanía General de Venezuela. Ante esta eventualidad las poblaciones de Pamplona, Salazar de las Palmas, San Faustino y San José de Cúcuta solicitaron a la corona su incorporación a la Provincia de Maracaibo. En 1810 los líderes de Maracaibo solicitaron a la Corte de Cádiz la creación de la Capitanía General de Maracaibo con las poblaciones de Riohacha, Coro, Carora, Pamplona, San José de Cúcuta y sus poblaciones aledañas, Salazar de las Palmas y San Faustino pertenecientes al Virreinato de Nueva Granada (Pabón, 2001).

Al separarse Colombia y Venezuela de la Gran Colombia, a pesar de producirse la separación territorial formal, la producción de la cuenca del lago continuaba su tránsito

hacia los mercados internacionales a través de las afluentes del Catatumbo hasta el Puerto de Maracaibo. Pero ante la creación de impuestos al comercio, en la frontera, se produjeron movimientos por reconfigurar en una sola unidad territorial las provincias de Maracaibo, Santander, Táchira y Mérida. En 1854 buscaron anexarse a la Nueva Granada, en 1858 intentaron crear la República del Zulia e incluso se propuso crear el Departamento del Lago (Martens, 1992).

En un documento publicado por la Comisión Pro-desarrollo del Táchira y sus áreas de influencia (1973) se señala que “desde la independencia, las relaciones del Táchira fueron estrechas con los llanos suroccidentales... y con las zonas adyacentes de Colombia”. Hacia finales del siglo XIX se desarrolló cierta afinidad política en el sentido de ser Táchira y Norte de Santander estados esencialmente liberales. Las dos revoluciones, la restauradora en Venezuela y el movimiento revolucionario de base liberal en Colombia, tenían objetivos similares y las dos se iniciaron en esta frontera. El fracaso del movimiento liberal en Colombia hizo que líderes como Uribe-Uribe se residenciaran en el Estado Táchira y luego en 1902 desempeñaran un papel importante en la defensa de San Cristóbal cuando grupos conservadores intentaron invadir a Venezuela por esta frontera (Martens, 1992). Siguiendo la misma línea de destacar lo histórico, desde finales del siglo XIX se ha recurrido más a elementos históricos familiares, educacionales, geográficos y económicos, para mantener una identidad regional con fines económicos y políticos sin asociarla

directamente a movimientos separatistas o autonomistas³ (Comisión Pro-desarrollo del Táchira y sus áreas de influencia, 1973; Colmenares Finol, 2002; Pérez, 2002). Tal memoria histórica común fue osadamente utilizada hace poco, en el año 2000, por el Alcalde Cúcuta José Gélvez Albarracín para insinuar una eventual separación territorial y política de Colombia. Igualmente, en Cúcuta hay cátedras libres (siendo Urbe una de ellas), donde se discute sobre la autonomía regional ostentada en el período comprendido entre finales del siglo XIX y mediados del XX, entre el Táchira, Zulia y Norte de Santander debido a su vinculación con el resto del mundo, gracias a la existencia hasta los años cincuenta del circuito agroexportador alrededor del café y otros productos que tenían mercado directo en Europa –con escasa participación de los respectivos centros de poder nacional. Se señala que esta dinámica creó un sentido de autonomía y de gestión local que se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX (Entrevista con el señor Pedro Sayazo y el doctor Jaime Pérez, Cúcuta, mayo 2002). Contrariamente, en el Táchira, al momento de escribir este trabajo, no parece haber un liderazgo político regional que exalte proclamas o movimientos sobre la particularidad histórica o especificidad regional con fines de presión hacia los centros de poder, bien sea para lograr objetivos específicos para el estado o para cohesionar a la población en torno a valores comunes distintivos. Desde los años ochenta, del siglo XX, poco se ha avanzado en este sentido. La utilización del argumento económico como elemento para sustentar movimien-

tos subnacionalistas o regionalistas ha mostrado dos momentos. En primer lugar la prosperidad económica y la vinculación al mundo global fueron instrumentos para mantenerse aislado del resto de los respectivos países e incluso respaldar proclamas independentistas. Así, la autonomía económica relativa del siglo XIX y principios del XX creó en las elites agroexportadoras del Táchira una especie de conciencia de “identidad fronteriza” que empezó a llamarse “integración fronteriza” entre los sectores elite de la economía y la política regional. Contrariamente, en segundo lugar, es precisamente la falta de vinculación con el mundo exterior y la pérdida del impulso económico lo que hace que se asuman posiciones, hasta cierto punto, contrarias. Por una parte, después de la Segunda Guerra Mundial se rompió definitivamente el circuito agroexportador que sustentaba la economía de la primera mitad del siglo XX y la región entró en un período de depresión económica bastante marcado. El agente económico dinamizador del país y del mundo se desplazó hacia el petróleo y la manufactura en los recién creados centros de desarrollo industrial de ambos países. Esta circunstancia divide a lo que funcionó como una región hasta cierto punto histórica (Cardozo, 1988), constituida por Táchira, Norte de Santander y Zulia, en dos con intereses completamente distintos. El estado Zulia mantiene su privilegio económico y geopolítico respecto al país, por lo que escasamente acompaña al Táchira y Norte de Santander en su caída y en su prédica de una particularidad regional que incluya a las tres entida-

³ En un estudio del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) de 1964 como producto del diagnóstico realizado de la frontera Táchira-Norte de Santander, se afirma que las poblaciones fronterizas mantienen un grado de organicidad histórica que hace que se superpongan y en muchos casos se obvian restricciones que pretendieran obstaculizar los vínculos. También destaca la coexistencia cultural y la subsistencia socioeconómica de ambos lados de la frontera. CENDES – CIDER, Las relaciones fronterizas entre los países del Pacto Andino, (1991).



territorios 10-11

138

des políticas. El Zulia mantiene latente un sentimiento regional con raíces históricas profundas (Cardozo, 1988; www.angelfire.com/va/paiszuliano), pero sólo las destaca para defenderse solitariamente ante el poder central. Táchira y Norte de Santander no sólo han perdido su posición estratégica para relacionarse directamente con el mundo exterior a través de puertos, sino que han perdido un aliado importante.

Por otra parte, económicamente, Táchira y Norte de Santander (cada uno respecto a su país) utilizan el argumento de la periferia para resaltar el abandono del Estado y la precariedad socioeconómica de esta región fronteriza tanto nacional, internacional y en la Comunidad Andina (CAN). Entretanto, Zulia persiste en la idea de la desigualdad y la injusticia en la distribución de los beneficios del Estado, ya que aporta la mayoría de los recursos al fisco nacional, lo que le ha permitido conseguir mayores recursos financieros adicionales del Estado, mediante la Ley de Asignaciones Económicas Especiales derivadas de Minas e Hidrocarburos.

Con los ingresos recibidos, gracias al aporte que el Estado deriva de los tributos previstos en la Ley de Minas e Hidrocarburos del país, se han podido adelantar proyectos regionales (Gaceta Oficial 36:110, 1996). La vecindad e intercomunicación entre las poblaciones fronterizas del estado Táchira y el departamento de Norte de Santander contribuyó a crear certidumbre de su importancia geopolítica y se llegó a dar por sentado que toda la comunicación entre los dos países debía transitar inexorablemente por esta región sin racionalizar escenarios

posibles donde las nuevas relaciones hemisféricas o el desarrollo de la ciencia y la tecnología permitieran la aparición de nuevas vías y medios de comunicación entre estos países. Después de los años cincuenta, del siglo XX, el estado Táchira y el departamento de Norte de Santander viven su peor crisis económica, entre otras razones, al no estar acompañados en la pérdida de poder relativo por el Zulia que se encontraba en su mejor momento económico.

El papel de los líderes dispuestos a utilizar políticamente la especificidad regional también ha variado según las circunstancias económicas y políticas de cada país. Los descendientes de parte importante de las elites desplazadas económicamente después de la Segunda Guerra Mundial, tal vez por su debilidad geoeconómica derivada del encierro geográfico ya que no contaban con el apoyo de Maracaibo y consecuentemente con una salida al mar, optaron por reclamar mayor atención del poder central antes que profundizar en los elementos de separación (Martens, 1992).

Los líderes regionales, a partir de los años sesenta, del siglo XX, articularon reclamos a los gobiernos centrales para una mayor atención económica hacia la región. En respuesta, los gobiernos nacionales mejoraron el sistema de vías y carreteras para hacerlo más eficiente en su integración al centro, y buscaron cultivos sustitutivos y alternos al café (Pérez, Entrevista personal en mayo de 2001). Esta política logró disminuir una profundización de los sentimientos de autonomismo o de regionalismo ya existentes, y además favoreció los intereses de las

ANA MARLENY BUSTAMANTE

élites locales, las cuales articularon un proyecto de desarrollo regional, nacional y hasta cierto punto binacional con la intención de vincularse social y políticamente a los respectivos centros de poder nacional y drenar recursos hacia la región. En los años sesenta y setenta, en el estado Táchira un grupo de profesionales, de clase media, reunidos alrededor del Bloque Económico de los Andes (Blocandes) deciden hacer bandera por el Táchira en el gobierno nacional. Otro grupo, igualmente promotor hacía lo propio por el lado colombiano. Alternativamente se utiliza el argumento del “abandono de los gobiernos centrales” y el reclamo por un mayor desarrollo de estos espacios como mecanismo para justificar el supuesto “perfil integracionista de la zona”, tal como se señaló más arriba con el caso del alcalde Gélvez de Cúcuta. Sin embargo, desde los años sesenta en el estado Táchira el liderazgo político, aunque ha estado unido alrededor del discurso integracionista y de lo irreversible del mismo, presenta una división a nivel de los objetivos que persiguen los representantes de la capital (San Cristóbal) y la zona fronteriza (San Antonio Ureña) propiamente dicha y en ello los líderes de los sectores comerciales e industriales de San Antonio Ureña se enfrentan a los de San Cristóbal. Para los de esta última el proyecto de integración fronteriza es viable y acertado si incluye territorialmente a la capital y para los de la primera esta eventualidad tiene el inconveniente de someter y subordinar a la zona mas próxima al límite (León y Urdaneta, 1989). Como consecuencia de esta pugna, San Cristóbal hace alianza con

el poder nacional y sostiene que se debe fortalecer la presencia del estado venezolano en la frontera para reducir la vulnerabilidad fronteriza, mientras que los líderes de San Antonio Ureña sostienen una relación más estrecha con sus homólogos colombianos. Desde este punto de vista para León y Urdaneta

... Entre ambos, constituyen una sólida agrupación social con una creciente capacidad de presión sociopolítica sobre las instituciones públicas locales, regionales y nacionales. Esa confluencia política ha tenido mejores resultados del lado colombiano, que del venezolano. Para este sector social venezolano le es muy difícil tener acceso directo a las autoridades nacionales, pues tienen que hacerlo con la intermediación de los agentes del liderazgo regional, centrados en San Cristóbal (1989:32).

La alianza entre el gobierno central y regional en Venezuela ha creado una fractura en la cohesión del movimiento autonomista regional respecto a su visión de la frontera y de las opciones de manejar o utilizar lo fronterizo y la integración fronteriza como un instrumento para crear sentimientos y lealtades regionales al margen de lo nacional. No obstante, tal fractura si ha creado en las poblaciones de San Antonio y Ureña una sensación de abandono y sometimiento que ha fortalecido su idea de “integración fronteriza” con Villa del Rosario Cúcuta. Con ello se refuerza la imagen de que en las poblaciones más cercanas al límite se entretejen una serie de ilegalidades comerciales, contrabando, migración ilegal, entre otros, que en algunos momentos dan lugar a apreciaciones que resaltan la necesidad de inte-

gración entre los pueblos vecinos y la consecuente eliminación del efecto barrera o, en el mejor de los casos, su sustitución por un límite o frontera más porosa a los intercambios de bienes, servicios y personas. En esencia, se tiende a favorecer lo que se ha venido llamando "integración fronteriza", la cual no es muy aceptada desde San Cristóbal y Caracas. Como evidencia de la escasa tolerancia de las ideas de integración fronteriza o integración Táchira Norte de Santander se encuentra la eliminación de la Asamblea Regional Fronteriza constituida en 1986, entre los representantes del legislativo regional de Táchira y Norte de Santander, la cual había sido creada con el apoyo del Parlamento Andino (León y Urdaneta, 1989).

Adicionalmente, más recientemente, a partir de 1998, parte significativa de la población económicamente activa de estas entidades territoriales, pero fundamentalmente de las poblaciones más próximas al límite, ha empezado a sentir que la integración subregional andina también les afecta negativamente porque los desplaza de su posición geográfica, política y administrativa privilegiada para dar lugar a la construcción de nuevos polos de desarrollo o al fortalecimiento de los ya existentes al interior de los respectivos países. En consecuencia, una vez más han empezado a utilizar las raíces históricas, la desventaja económica y la posición geográfica para insistir en la necesidad de drenar recursos y políticas protectoras hacia la zona. Pero ello no es óbice para que en algún momento puedan enarbolar las banderas del autonomismo si los

gobiernos centrales o comunitarios ignoran su problemática.

En síntesis, en la zona de Táchira Norte de Santander hay una identidad histórica y se han venido manifestando las condiciones de subdesarrollo respecto al centro para justificar movimientos regionalistas autonomistas, que de no atenderse podrían fortalecerse y consolidarse, además de producir consecuencias nada deseables para cada Estado nación. Pero a pesar de tal prospectiva, en Venezuela el gobierno central ha tenido éxito en resquebrajar la unidad de los líderes en torno al uso de las raíces históricas comunes entre Táchira y Norte de Santander y en consecuencia seguirá al control de las tendencias autonomistas mientras tenga éxito en su labor de mantener cohesionados la población y el territorio.

Finalmente, aunque en la región no hay la suficiente fuerza y poder político para consolidar un movimiento regional con visos autonomistas o independentistas, si existe una identidad histórica común que en circunstancias más propicias puede convertirse en factor de movilización y de presión hacia y contra cada Estado nación. En consecuencia, si se considera que tanto Colombia como Venezuela forman parte de la Comunidad Andina, experiencia de integración subregional que ha venido aprobando decisiones de política común dirigidas a lograr un mayor desarrollo hacia las fronteras de la Comunidad, hipotéticamente, los Estados podrían tener motivo para preocuparse. Hasta ahora se han respetado las instancias nacionales pero nada desdice la posibilidad de que, tanto la Comunidad Andina como las regiones, adelanten políti-

cas de desarrollo dirigidas hacia unidades territoriales subnacionales como la región constituida por Táchira– Norte de Santander. En este sentido, las Zonas de Integración Fronteriza (ZIFs) aprobadas por la Decisión 501 de la Comunidad Andina pueden constituirse en un indicio para una mayor atención a las fronteras desde la perspectiva comunitaria. El problema básico es mantener o crear lealtades desde los subnacionales y en este aspecto los Estados-naciones tienen aún mayores instrumentos de control.

Discusión y conclusiones

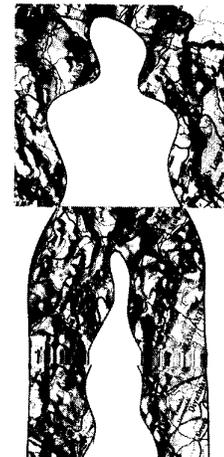
Un aspecto a destacar de la frontera Táchira y Norte de Santander es la característica de la formación del límite. Allí, las diferenciaciones o identificaciones que surgen no son producto de una realidad anterior a la formación del límite o los Estados nacionales, sino que son el resultado de la vinculación y los intereses locales y de las necesidades de organización social de la región. Así,

‘los rasgos’ culturalmente compartidos con los otros ciudadanos del mismo estado (sic) que los diferencian de la localidad y el Estado nacional vecino o, por el contrario, los compartidos con la localidad vecina que los diferencian del resto de los ciudadanos de su propio estado (sic) nacional, podrán ser acentuados en diferentes circunstancias históricas en relación a contextos e intereses específicos (Grimson, 2000, 19).

En consecuencia, los sentimientos de exclusión, separación, cooperación o conflicto, no están intrínsecamente vinculados al aislamiento o falta de contacto con el país nacional o vecino, sino que dependen más de

las relaciones establecidas entre los distintos grupos sociales. Al respecto las conclusiones más destacables del trabajo son:

1. El subnacionalismo por no diferenciarse objetiva y drásticamente del nacionalismo indica la falta de coherencia y capacidad del Estado para articular a toda la población y territorio bajo unos símbolos y valores comunes.
2. La condición de región fronteriza facilita la confrontación de ideologías, pero también el desarrollo de actividades económicas, políticas y culturales muy particulares. Allí, al confluir una evidencia de viabilidad económica con una elite lo suficientemente motivada, pueden surgir movimientos subnacionalistas cuando el poder del estado central no ha sido suficientemente cohesionador.
3. Es de resaltar y estudiar el impacto que el desarrollo del subnacionalismo puede ejercer en la integración regional, particularmente en regiones fronterizas como la que se presenta en este trabajo. Al respecto, sería interesante estudiar hasta que punto los subnacionalismos pueden tender a identificarse con las instituciones comunitarias y a sobreponerse o ignorar al Estado-nación al que pertenecen. En la Unión Europea se vislumbran casos de regiones como la de Cataluña y del Norte de Italia que presionan por una Europa de las regiones antes que por una Europa de Estados-naciones. No obstante lo anterior, es mucho más significativo incluso imaginarse la característica que este proceso exhibiría en el caso específi-



co de la Comunidad Andina, cuyo elemento diferenciador es la condición de ser una experiencia de integración de países subdesarrollados. Es igualmente retador revisar el proceso en sentido contrario, es decir, analizar el impacto de la integración en aquellas regiones con símbolos ostensibles de subnacionalismo, aunque sean latentes, como es el caso en estudio. ¿Cómo reaccionarán ante el avance de la integración regional?, ¿Optarán por reforzar o mantener sus lealtades al Estado al que han venido perteneciendo?, ¿Debilitarán tales vínculos en favor de una autonomía regional (binacional) dentro de la Comunidad? y, en última instancia, ¿desarrollarán aún más sus sentimientos de autonomía o separación al descubrir que ninguno de los artefactos culturales a los que pertenecerían en teoría satisface sus necesidades y aspiraciones de desarrollo?

Bibliografía

- Allen, D, 2000, "Cohesion and Structural adjustment" en H. Wallace and W. Wallace (eds) *Policy-Making in the European Union*, fourth edition, London, Macmillan.
- Anderson, Benedict, 1983, *Imagined Communities*, Revised Version, London, Edit. Verso.
- Bache, I., 1999, "The extended gatekeeper: central government and the implementation of EC regional policy in the UK" *Journal of European Public Policy*, Vol. 6, No. 1, pp.28-45.
- Bache, I. y Jones, 2000, "Has the EU Regional Policy Empowered the Regions? A study of Spain and the United Kingdom", *Regional and Federal Studies*, Vol. 10, No. 2, Autumn, 2000, pp. 1-20.
- Baud, Michael, 2000, "State-building and borderlands" en *Fronteras: Towards a borderless Latin America*, CEDLA, Amsterdam.
- Bustamante, Jorge, 1992, "Demystifying the United States - Mexico Border", *The Journal of American History*, Volume 79, pp. 485-490.
- CENDES - CIDER, 1991, *Las relaciones fronterizas entre los países del Pacto Andino*, Colección Luis Lander, No. 3.
- Cardozo, Germán, 1988, "Hacia una conceptualización de la Región Histórica", en *La Región Histórica*, Edit. Troykos, Caracas.
- , 1992, "El eje comercial Maracaibo Cúcuta a mediados del siglo XIX", *Fronteras, regiones y ciudades en la Historia de Colombia*. VII Congreso nacional de historia de Colombia, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, p.53-54.
- CEDLA, 2000, *Fronteras: Towards a Borderless Latin America*, Centre for Latin American research and Documentation, Amsterdam.
- Colmenares Finol, Enrique, 2002, Entrevista Personal en quinta La Colmena, San Cristóbal, abril.
- Coombes, David, 1991, "Europe and the Regions" in *National Identities*, Whitstable Litho, Kent.
- Comisión Pro-Desarrollo del Táchira y sus áreas de influencia, 1973, *El estado*

- Táchira y sus áreas de influencia. Problemática. Regionalización y Desarrollo*, San Cristóbal, Agosto (mimeo), p. 1.
- Eastman, Milton, 1977, *RRNTC Conflict in Western Societies*, London, Cornell University Press.
- Flores, Bernardo, 1998, "La gastronomía: Integración lexical en la frontera colombo-venezolana", *Aldea Mundo*, Año 2, No. 5, mayo/octubre.
- Gaceta Oficial* No. 36110 1996, "Ley de Asignaciones Económicas Especiales Derivadas de Minas e Hidrocarburos", Congreso de la República de Venezuela, 18 de diciembre de 1996.
- Gallagher, Tom, 1991, "Autonomy in Spain: Lessons for Britain?" in *National Identities*, Whitstable Litho, Kent.
- Gellner, Ernest, 1983, *Nations and Nationalism*, Oxford, Basil Blackwell.
- Grimson, Alejandro (Comp.), 2000, *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*, Ediciones Ciccus, Argentina.
- Hetcher, Michael, 1975, *Internal Colonialism. The Celtic Fringe in British national development*, London, Routledge & Keagan Paul.
- Johnston, R.J.; Gregory, David, y Smith, David, 1990, *The Dictionary of human geography*, Blackwell Publishers, Oxford.
- Kuby, 2003, "Geography of WORLD crisis GCU 350" [www.geography.asu.edu.mkuby/gcu350; consulta 27/10/2003]
- León y Llambi, 1988, las *Relaciones Fronterizas Colombo-venezolanas*, SERIE Temas para la Discusión, número 11, CENDES, Caracas.
- León y Urdaneta, 1989, "Relaciones fronterizas entre Venezuela y Colombia, desde la perspectiva venezolana", papel presentado en el Seminario Integración fronteriza en los países del Pacto Andino, CENDES, UCV, Caracas, pp. 60.
- Martens, Juan, 1992, *El espacio regional tachirenses. Historia y desarrollo*, San Cristóbal.
- Marquand, David, 1991, "Nations, Regions and Europe" in *National Identities*, Whitstable Litho, Kent.
- Pabón, Silvano, 2001, "San José de Cúcuta: Génesis y Doblamiento" en *Gaceta Histórica*, No. 121, San José de Cúcuta, pp. 49-105.
- Page, Edward, 1991, *Localism and centralism in Europe. The political and legal bases of local self-government*, Oxford, Oxford University Press.
- Pérez, Jaime, 2002, Entrevista personal en la sede de la Cámara de Comercio de Cúcuta, mayo.
- Pollack, Max, 1995, "Regional Actors in intergovernmental Play: the making and implementation of structural policy", in C. Rhodes and S Mazey (eds), *The State of the European Union*, Vol. 13, Harlow, Longman.
- Rokkan, Stein y Urwin, Derek, 1983, *Economy, Territory, Identity: Politics of West European Peripheries*, Bristol, Sage.
- Roller, Elisa, 2001, "Multi-level Governance - What it does and does not explain: the case of sub-national mobilization in Spain", paper presented at the Multi-level Governance: Interdisciplinary Perspectives Conference, 28-30 junio de 2001, University of Sheffield.

Sayago, Pedro, 2002, Entrevista personal en la Cámara de Comercio de Cúcuta, mayo.

Smith, G.E., 1985, *Nationalism. Regionalism and the state*, Environ. Plann. C3, London.

Urban, Greg y Sherzer, Joel, 1991, *Nation-states and Indians in Latin America*, Austin, University of Texas Press.

Tilly, Charles, 1975, *The formation of Nation State in Western Europe*, Princeton University Press, Princeton.

Weber, Max, 1993, *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.

Publicaciones electrónicas

www.hdr.undo.org/docs/publications; consulta 27/10/2003.

www.angelfire.com/va/paiszuliano, consulta 03/11/2003.

territorios 10-11

144



ANA MARLENY BUSTAMANTE